

La casa se llenó de palabras nuevas, o que apenas había usado hasta entonces. El primer día todo el suelo se cubrió de la palabra “*coronavirus*”; mientras más barría, más parecía haber. Lo dejé estar. Al día siguiente también apareció su hermana, “*Covid-19*”; aquello ya fue imposible, lo pringó todo: ensució el suelo, chorreaba por las paredes, atascaba el fregadero... Intenté controlar mi obsesión por el orden y la limpieza, pero cualquiera sabe que esto de controlar una obsesión, solo empeora las cosas.

Con el pasar de las horas, el viento de levante trajo “*maskarilla*”, “*pangolín*”, “*Wuhan*” o “*laboratorio*”. Ver la casa así, me angustiaba mucho; decidí salir a tomar el aire y despejarme. Retiré un montón de palabras que estaban encima de las llaves de casa y fui hacia la puerta. Intenté introducir la llave en la cerradura, pero era imposible. Me agaché a ver qué pasaba, y vi que justo en la ranura de la cerradura estaba “*confinamiento*”. Era una palabra pequeña, pero al volver a mirarla, comprobé que había crecido. Esto me puso muy nerviosa; intenté retirarla con la mano, pero aquella palabra cada vez era más y más grande. Fui a por un martillo y un destornillador, y cuando volví, “*confinamiento*” era del tamaño de la puerta.

Me sentí mareada y un violento ataque de tos irrumpió en mi pecho. Volví a mirar a la puerta, y otra expresión se había encajado junto a “*confinamiento*”, era “*estado de alarma*”; enorme y con letras afiladas. La puerta de casa había quedado completamente bloqueada.

A mi angustia evidente, se empezó a unir cierta sensación febril. Lo achiqué a mi estado emocional y decidí tomar una ducha para aclarar ideas. Mientras me secaba, la toalla dejaba pegada en mi piel un sin fin de palabras, que se acababan desprendiendo y yéndose por el desagüe de la ducha.

Me senté en la cama y acabé quedándome dormida. Dormí toda la tarde y toda la noche. Al despertar, una especie de cansancio plomizo se instaló en mi cuerpo. Volví a sentir fiebre y me arropé, mientras miraba mi cuarto lleno de palabras cada vez más familiares. Quise respirar profundamente, pero sentí un pinchazo junto al corazón. Me llevé la mano al pecho y noté que tenía algo anguloso pegado a la piel. Busqué debajo de la ropa y sorprendida conseguí sacar la expresión “*dificultad para respirar*”. Era una de las palabras que se desprendieron de la toalla al secarme. Lo curioso es que ésta, al igual que “*confinamiento*”, se hacía más grande.

Sentí entonces, que la fiebre había vuelto a subir. Me levanté con mucha debilidad y me dirigí al botiquín para tomar algún antitérmico. Cuando abrí el cajón una palabra saltó sobre mí, haciéndome caer del susto. Tomé la palabra por un extremo y la miré al trasluz: “*contagiada*”.

Entonces miré una foto de mi padre con unos amigos, en la residencia de mayores. Recordé que había ido a verlo hacía un par de días. Hice memoria de personas a las que podía haber contagiado, y mi angustia se volvió insoportable. Quise llamar a todos, pero lo descarté; no haría más que alarmarlos. Lo primero que debía hacer, era confirmar mi *contagio*. Así que decidí llamar al teléfono de atención sanitaria y otra palabra gruesa comenzó a emerger de mi teléfono: “*colapso*”. Salió despacio, como una tortuga saca la cabeza de su caparazón, y cuando terminó de hacerlo cayó sobre mí como algo muy pesado. La aparté como pude y llamé a la residencia de mi padre. Me informaron que había varios ancianos con leves síntomas de cuadro gripal, mi padre entre ellos. No pude controlar mis nervios y corrí hacia la puerta para acercarme a un hospital, pero “*confinamiento*” y “*estado de alarma*” me impidieron salir de casa.

Me senté en el suelo y apoyé la espalda en la puerta, afloró un llano desconsolado. Allí entre lágrimas, recordé las palabras de mi padre: “*recuerda mi diosa, tu fuerza y tu valor se nutren de tu bondad*”. Siempre me dio vergüenza que me llamara *diosa* delante de los amigos, pero con el tiempo supe entender su completo significado. Si existe un amor auténtico, cualquiera podría entenderlo escuchando a mi padre decirme aquel apodo cursi y exagerado.

La tos empezó a agravarse y tuve que meterme en cama. Entre picos de fiebre y crisis respiratorias, intentaba comunicar con los centros sanitarios y con la residencia de mi padre. La última vez que intenté hablar con él, la palabra “*cuarentena*” se coló por la ventana entre abierta de mi dormitorio. “*Cuarentena*” tenía la singularidad de que me seguía allí donde iba, era como estar vigilada.

Después entraron “*test*”, “*vacuna*”, “*foco de infectados*”, “*brote*”, “*distancia social*”, “*pandemia*”, “*hidroalcohol*”, y un sinfín de palabras que venían a mezclarse en todo aquel caos semántico.

Me sentía muy débil; tomé la foto de mi padre con sus amigos de residencia, la abracé y me arrullé en la cama. Mi salud empeoró mucho en los siguientes tres días, hasta el punto que apenas podía levantarme de la cama a beber agua, o recibir la visita de los sanitarios, que llegaban con todas las ropas llenas de palabras como “*valientes*”, “*héroes*” o “*ángeles*”.

Las palabras se agolpaban por todos lados, la cama era un vertedero de términos y tecnicismos que aprendemos por necesidad. Poco a poco fui recobrando las fuerzas y apenas me topaba ya con la palabra “*neumonía*”, que había estado muy presente en los días anteriores. Había intentado contactar

con la residencia de mi padre, pero la última palabra que brotó del teléfono fue “*aislamiento*”. Recuerdo que pensé que su querida *diosa* lo había abandonado, pero no... mi padre, de alguna forma, sabía que su *diosa* estaba con él.

La mañana del quinto día me levanté con fuerzas, fui hasta el baño entre la maraña de palabras y me duché. Resbalaron por mi piel “*tos*” y “*fiebre*”. Me sequé y con cierto ánimo limpié el espejo del vaho acumulado. Sacudí mi pelo y una palabra salió despedida de él; la palabra voló y empezó a caer suavemente como cae una pluma, hasta que se posó misteriosa sobre la superficie del espejo: “*immune*” decía. Quise apartarla del espejo con la mano derecha, pero la letra “*i*” y la “*m*” quedaron prendidas de mis nudillos.

Entonces algo se activó con gravedad en mí, y quedé paralizada. Recordé de nuevo a mi padre, corrí al teléfono pero nadie respondía en la residencia. Pensé en acercarme a la residencia pero no estaba segura. Mientras me decidía, recogí mi cuarto. Sacudí la cama de palabras amontonadas y me fijé en la foto de mi padre y sus amigos. Estaba tumbada sobre la mesilla de noche, debajo de un montón de palabras. Agarré la foto que me había acompañado todos estos días y soplé con fuerza para despejarla de palabras. Volaron todas ellas, pero una de ellas volvió a posarse en la foto mientras la miraba con estremecimiento: “*fallecidos*”.

Mi corazón se contrajo con fuerza y el ahogo volvió pero en forma de honda tristeza. Sentí perfectamente que el dolor venía de algo muy definido: *ni siquiera hubo una despedida*. Y aunque el caos sentimental del momento apenas me dejaba pensar, reconocí con nitidez esa ausencia del *adiós*.

Miré a la foto de nuevo y como guiada por las palabras, la sacudí con rabia. Las letras de “*fallecidos*” se desordenaron; vi como cayeron por el marco algunas letras y las que quedaron formaron la palabra “*adiós*”, sequé con mi mano derecha mis lágrimas y entonces las letras “*i*” y “*m*” que quedaron pegadas en mis nudillos, cayeron sobre la foto. La palabra “*mi*” se formó a continuación de “*adiós*”. Más lágrimas cayeron sobre la foto y arrastraron la palabra “*adiós*”, para reordenarla en “*diosa*”.

“*Adiós mi diosa*”. El dolor se hizo más llevadero, cambió de forma, como cambiaron las palabras, igual que me cambiaron a mí, como lo cambian todo.

Sergio Jiménez Barrera